

«Por primera vez la calle no fue de ETA»

El lazo azul, que nació por el secuestro del empresario Julio Iglesias Zamora, cumple 25 años

LORENA GIL

lgil@elcorreo.com



BILBAO. «Buscábamos un símbolo sencillo, algo a lo que la gente se sumara con facilidad y que incluso pudieran hacer en su casa. Lo importante era ofrecer una respuesta permanente y continuada ante una vulneración de los derechos humanos tan grave como era el secuestro a manos de ETA del empresario Julio Iglesias Zamora», explica Jesús Herrero, miembro de la ya extinta Gesto por la Paz. Y así nació el lazo azul. Diez centímetros de tela con la forma de una 'A', de askatu (libertad), que hizo despertar a miles de personas y cogió por sorpresa al entramado de la banda terrorista, que vio tambalearse su hegemonía en la calle. — ¿Se esperaban una respuesta ciudadana de tal magnitud?

— No nos planteábamos cuál iba a ser la repercusión. El lazo azul sirvió para mostrar lo que estaba ocurriendo. Se vieron muchos lazos dentro y fuera de Euskadi. Fue un paso individual y, cuando se daba, ya no había vuelta atrás.

Gesto organizó un encierro en su sede de la capital vizcaína. «La gente permanecía allí 24 horas», recuerda Herrero. Elaboraban lazos para tratar de dar salida a la demanda, que no era poca. De hecho, la coordinadora pacifista tuvo que pedir imperdibles y tela a Barcelona porque se había agotado en las mercerías de Bilbao. «Incluso nos llamaron desde las residencias para decirnos que si les mandábamos tela, ellos nos hacían los lazos», evoca.

El detonante fue el secuestro del industrial Julio Iglesias Zamora debido a su negativa a pagar el mal llamado 'impuesto revolucionario'. Fue abordado por un comando etarra cuando se dirigía desde su casa a la empresa Ikusi, situada a las afueras de San Sebastián. Permaneció retenido entre el 5 de julio y el 29 de octubre de 1993. La banda lo había intentado antes con su tío Ángel, pero los terroristas cambiaron de objetivo «al no ofrecer plenas garantías de llevarlo a cabo con éxito». «Me han dado donde sabían que más me iba a doler», declaró tras conocer que ETA fue a por su sobrino.

La Audiencia Nacional condenó en 1998 a catorce años y ocho meses de prisión a José Luis Erostegi, Javier Ugarte, Jesús María Uribetxebarria y José Miguel Gaztelu por el delito de detención ilegal, con las agravantes de ensañamiento, alevosía y disfraz. Los cuatro etarras alquilaron en 1987 una nave en el barrio de San Andrés de Mondragón. Bajo el suelo construyeron un habitáculo en el que metieron una caseta prefabricada de obra. Para



Comoción social

El secuestro se produjo el 5 de julio de 1993; tres semanas después se creó el símbolo

En un acto reciente

«Lo llevaré toda la vida bajo la piel», agradeció el empresario a Gesto por la Paz

Género agotado en mercerías

En el primer mes y medio distribuyeron 110.000 lazos azules entre los ciudadanos

Campaña

La izquierda abertzale contestó sin éxito con amenazas y con un lazo verde



En la solapa. Arriba, miembros de Gesto por la Paz dan a conocer la iniciativa del lazo azul. Abajo Iglesias Zamora en una manifestación por el secuestro de Aldaya y carteles de la izquierda abertzale. **EL CORREO**

evitar sospechas, según relata la sentencia, hicieron creer que en dicho inmueble se ubicaba un taller de construcción de piezas y herramientas metálicas. En 1992, Julián Achurra Egurola, alias 'Pototo', les ordenó que acondicionaran e insonorizaran el escondite con la finalidad de «realizar, en principio, secuestros a empresarios».

Aquel 5 de julio de 1993, Julio Iglesias Zamora acababa de regresar de su trabajo, cuando en el garaje de casa le abordaron dos de los terroristas. Le inyectaron un somnífero y le introdujeron en un vehículo

para, a posteriori, dirigirse hasta el área de servicio de Anceta, en la autopista A-8 dirección a Bilbao. En dicho lugar tenían preparado un camión, en el que trasladaron a su víctima hasta el zulo. Las dimensiones del habitáculo, según se detalla en el fallo judicial, eran de 1,80 metros de altura por 1,80 de largo y 1,50 de ancho. En su interior había una silla de camping, una mesa plegable, un colchón de goma espuma y dos bidones para sus necesidades fisiológicas. Allí permaneció encerrado Iglesias Zamora 117 días. En 2002 la Audiencia Nacional condenó a 14

años de cárcel a 'Pototo' por ordenar su secuestro.

Pago de un rescate

Tiempo después de su puesta en libertad —los terroristas le abandonaron en el alto de Arrate, en Eibar—, se habló que la familia pagó como rescate entre 500 y 800 millones de pesetas. Uno de los datos que se tiene sobre la cantidad que se pudo entregar a la banda se obtuvo en noviembre de 1994, cuando la Policía francesa desmanteló una fábrica de explosivos subterránea en una casa situada en Mouguerre. En su inte-

rior, los agentes hallaron 148 millones de pesetas (casi un millón de euros), procedentes, al parecer, de uno de los plazos que abonaron los allegados de Iglesias Zamora.

A lo largo del secuestro de Julio Iglesias Zamora, Gesto por la Paz impulsó la creación del lazo azul y todo un calendario de movilizaciones. Incluso participó en la creación de la Plataforma pro-liberación del empresario. Personas de todos los ámbitos de la sociedad —desde deportistas, cantantes, políticos e intelectuales— asumieron una responsabilidad activa como pocas veces ha-

bía ocurrido hasta entonces». Los poco más de 300 trabajadores de la empresa Ikusi se volcaron con la campaña del lazo azul. Sólo en los primeros 49 días de cautiverio de Iglesias Zamora, repartieron 110.000 distintivos. El 11 de septiembre de 1993 más de 80.000 personas recorrieron las calles de San Sebastián para pedir la liberación de Iglesias Zamora. Para la historia quedará el cartel amarillo con dos trazos azules obra de Agustín Ibarrola.

Llevar esa 'A' prendida de la solapa fue un gesto de responsabilidad, pero también de valentía. Desde el entramado de ETA se reaccionó con dureza contra quienes se sumaron a esta iniciativa. «Por primera vez la calle no fue de ellos. Nos llamaban 'español-lazos' e incluso fracasaron en su intento de crear un lazo verde», evoca el periodista José María Calleja. Entonces presentador del 'Teleberri' en ETB, no dudó en salir en antena con el lazo azul en la solapa. «Creía que tenía que hacer aquello, y lo hice», se reafirma. «No pensé en las consecuencias, ni aunque la gente más cercana me decía que me iban a matar». Las presiones internas no se hicieron esperar. «Llegabas a trabajar y te encontrabas un papel en el teclado del ordenador que ponía: 'Kalleja, con 'k', qué pocos días te quedan con vida», revela. No cedió. Poco antes de las elecciones municipales de 1995 se distribuyeron imágenes del periodista —llevaba ya por entonces escoltabajo el titular 'Los asesinos llevan lazo azul'. Finalmente, el director general de EITB, Iñaki Zarraco (PNV), le destituyó. «Dijo que le planteaba problemas en su entorno», apunta Calleja. El primer partido en celebrarlo fue Herri Batasuna.

De Aldaya a Blanco

Julio Iglesias Zamora fue liberado el 29 de octubre de 1993. «Mi secuestro ha sido un chantaje a la empresa y a toda la sociedad vasca», afirmó entonces el ingeniero. En una comparecencia pública, acompañado de su mujer y sus tres hijos, Iglesias calificó de «torturadores» a los terroristas que le vigilaban y de «ataúd pintado de blanco» el habitáculo en el que estuvo recluido. Pero la campaña de secuestros de ETA no había hecho más que empezar. Los ciudadanos volverían a prenderse el lazo azul para reclamar la libertad de José María Aldaya, José Antonio Ortega Lara, Cosme Delclaux y Miguel Ángel Blanco.

El 1 de junio de 2013, Gesto por la Paz echó la persiana tras 28 años intentando remover conciencias. La coordinadora invitó a varias decenas de personas comprometidas con su trayectoria contra la violencia a compartir una pequeña celebración privada. En ese recogido grupo se encontraba Iglesias Zamora. Su testimonio no estaba previsto, pero él quiso agradecer a Gesto su lucha pacifista y el apoyo que supuso para su familia la campaña del lazo azul. «Lo llevaré toda la vida bajo la piel», les dedicó.

EDITORIALES

La huella del lazo azul

El símbolo que portaron miles de vascos hace ahora 25 años supuso un punto de no retorno en la movilización social contra el terrorismo de ETA

La derrota de ETA a manos de la democracia no habría sido posible sin una sucesión de hitos policiales, judiciales y políticos que forzaron a la banda a cesar la violencia primero, y a escenificar su desarme y disolverse después. A ellos se sumó la rebelión cívica de sectores sociales que vencieron la dictadura del miedo vigente durante largo tiempo en Euskadi y plantaron cara al estado de excepción impuesto por el terrorismo. Hace ahora 25 años, miles de vascos se atrevieron a portar un lazo azul en la solapa en protesta por el secuestro del empresario Julio Iglesias Zamora, perpetrado por ETA. La iniciativa, impulsada por Gesto por la Paz, fue mucho más que un mero símbolo. No solo rompió el atonador silencio que envolvía a las víctimas con una insólita campaña de movilizaciones para exigir la libertad del industrial. Significó, además, un punto de no retorno al acabar con el monopolio de las calles ejercido hasta entonces por los pistoleros y los acólitos que les jaleaban y justificaban sus crímenes. Ese paso al frente contra la infamia, que exigía un arrojo nada desdeñable en aquellos años de plomo, removió conciencias y sembró la semilla de la posterior reacción ciudadana contra la violencia. Además, dejó al desnudo el matonismo del entorno de ETA con sus agresiones, amenazas e insultos a quienes osaran levantar la voz —aunque fuera simplemente con un trozo de tela en la solapa— contra el totalitarismo asesino y en favor de la paz. El desesperado intento de una minoría de mantener sojuzgada por el terror a una sociedad que se despertaba de la anestesia del miedo y reclamaba libertad. Los demócratas han ganado finalmente esa batalla, aunque haya costado tiempo y una inadmisibles factura adicional en forma de sufrimiento y sangre inocente. El lazo azul tuvo una corta vida —apenas dos años— por esa repugnante campaña de acoso. En algunos momentos, portarlo llegó a convertirse en una heroicidad. Un gesto casi temerario de valentía personal, que acabó por transformarse en protestas colectivas cada vez que la sinrazón de ETA se manifestaba en forma de tiro en la nuca, coche bomba o secuestro. Su imborrable huella ha estado presente en el cúmulo de acontecimientos que ha derivado en la inapelable victoria del Estado de Derecho frente al terrorismo. Recordarlo es un acto de justicia que contribuye a hacer pedagogía sobre el tortuoso camino, plagado de dolor, que ha recorrido Euskadi para construir la ansiada paz.